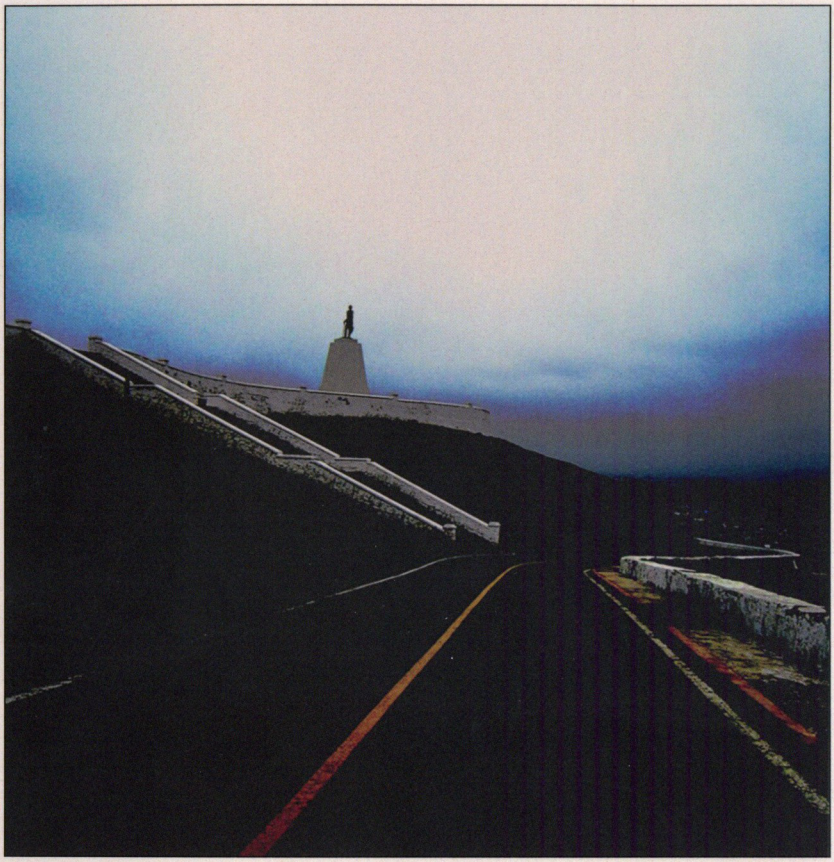
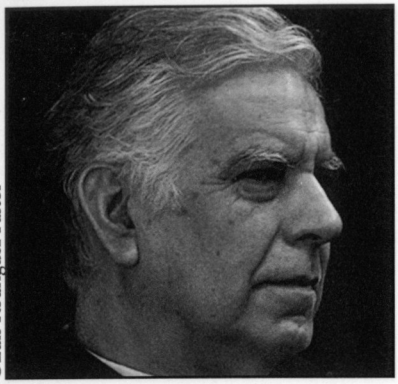
LOS AÑOS

Diario personal

Alonso Cueto



EDICIONES CUETO



©Luis Rodríguez Pastor

Alonso Cueto (Lima, 1954)
Escritor y docente. Al graduarse de la carrera de Literatura de la Pontificia Universidad Católica del Perú en 1977 con una tesis sobre la poesía de Emilio Adolfo Westphalen, viajó becado por el Instituto de Cultura Hispánica a Madrid, donde vivió tres años. Fue allí donde escribió su primer libro de cuentos, *La Batalla del Pasado* (Alfaguara, 1983). En 1984, recibió el doctorado en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Texas en Austin (Estados Unidos), con una tesis sobre los relatos de Juan Carlos Onetti.
A su regreso al Perú encontró un país muy distinto del que había dejado años atrás: el enfrentamiento entre el gobierno peruano y el grupo terrorista Sendero Luminoso trajo consigo masacres, abusos y múltiples actos de violencia. Cueto encontró en esta coyuntura una serie de experiencias que lo impulsaría a escribir novelas, ensayos y artículos, una producción que continúa hasta hoy. Su obra ha sido traducida a 17 idiomas, y ha recibido varios premios internacionales, entre los que destacan: el Premio Anna Seghers 2000 (Alemania) por la totalidad de su obra; el Premio Herralde 2005 por *La hora azul;* Primer Finalista del Premio Planeta-Casa de América 2007 con *El susurro de la mujer ballena*; el premio de novela Juan Goytisolo por *Palabras de otro lado*, el reconocimiento como Personalidad Meritoria de la Cultura, Ministerio de Cultura del Perú, 2017; entre otros.

Me despierto y ha pasado mucho tiempo. Trato de recordar mis obligaciones y planes para hoy. Por un momento, tengo la sensación de estar muy lejos de aquí. Guardo retazos dispersos del día anterior.

Me levanto, tambaleo, apenas puedo dar un paso. Doy vueltas por el cuarto como un extraño que descubre el mundo. En algún momento me siento, miro otra vez el reloj, y me doy cuenta de lo que me espera. Quiero recuperarme, estar a salvo. Trato de entrar al nuevo día con un pequeño proyecto organizado. Horarios, lugares, gentes. Una, dos, tres actividades. Lo demás no se sabe. Se inventará en el camino. La rutina es un refugio, un hogar. Tengo que crearla y transformarla cada vez.

Mi cuerpo me dice que acabo de hacer un enorme esfuerzo: atravesar las horas de sueño, superar a los rostros, imágenes y sonidos que me han acariciado o atormentado allí. La bondad perdida de mis padres, las vergüenzas

banales de mi juventud, los fracasos y decepciones de todos los tiempos. Regresar. Recuperarme. La rutina es un oasis para protegernos de esos rostros nocturnos. Ahora ya no los recuerdo. Pero cada noche, vuelvo a ellos para abrazarlos.

Es por eso que todas las mañanas miro la hora. Quiero saber cuánto tiempo he estado lejos de aquí, cerca de mí mismo. A veces creo que veo la hora para saber cuál es mi lugar en el mundo.

Hoy sostuve el reloj en mi mesa de noche como si fuera una demostración de aquello a lo que he vuelto. Quiero convencerme de algo esencial: Estoy vivo, estoy aquí, tengo sesenta y ocho años, soy profesor, soy escritor, tengo una gran familia, una gran esposa, una casa, un puñado de amigos queridos, algunos libros. No sé si amo mi ciudad, pero si muchas de sus calles, plazas y barrios que son parte de mi vida. Esa es la primera certeza.

Hay algo de milagroso en una mañana. El reloj es una lámpara de realidad. Nos recuerda que somos mortales, pero que podemos vivir un día más, algunas horas. Nos da una esperanza concreta. Mientras tanto, el mundo se aclara en su desconcierto.

* * *

Sí. Con los años he llegado a esa conclusión. La rutina es un refugio, un orden personal al que nos acogemos para no

sentirnos a la deriva. Sin embargo, solo podemos vivir en la rutina si la reinventamos, la innovamos, si la hacemos peligrar. Tenemos un diseño previsto (dar una clase, asistir a una reunión, escribir un artículo), pero nada de eso tiene sentido si seguimos un orden establecido. Acogernos a la rutina y hacerla estallar es la fórmula para vivir un poco todos los días. Preparar el hilo de un discurso y encontrar digresiones y acotaciones en el camino, alterar el rumbo dictado por la costumbre, dejarse arrastrar por ideas repentinas. A veces le digo a alguien en mi casa que voy a salir al banco porque tengo que hacer algo urgente. Llego a la puerta con toda la intención de salir. Entonces, me detengo y me siento frente a la computadora a escribir. Luego salgo, pero no voy al banco. Todo lo otro quedó atrás.

* * *

Cada uno tiene su propia aventura alrededor de la rutina. Una parte de mi escritorio se mantiene estable y la otra acumula libros, cuadernos, lapiceros, fotografías y demás objetos. Me doy cuenta de que mis olvidos han ido creando un orden. Uno secreto, que solo yo conozco, aunque no pueda explicarlo ni describirlo. Sé qué libros están arrumados y a veces me parece que ese caos es un paraíso personal, un sistema espontáneo en medio de la incoherencia. Torres de libros, algunos en el piso, otros en lo alto de un

armario. Amo ese paraíso. Tengo una relación única con él. Sus elementos son los restos de olvidos sucesivos, cuadernos abandonados, libretas arrimadas a una esquina. No recuerdo dónde he dejado todo. A veces miro algunos de los libros más marginados y encuentro tesoros de la memoria. Fotos, cartas, poemas dichosamente enterrados. Tantos recuerdos. Hay que seguir peleando la batalla del pasado.

Los libros y las otras cosas pueden quedarse allí, al margen, acechando la armonía con su caos benefactor. No tengo ninguna necesidad de recomponerlo. Tengo una silla cerca para alcanzar cualquier extremo de ese orden clandestino. Todos construimos, al descuido, paraísos personales cuya clave nadie intuye. Solo nosotros conocemos el sonido de su silencio.

* * *

A veces, al despertarme, escucho algunas frases y las repito. Frases absurdas, incoherentes, banales. Son palabras que han sobrevivido, frases sin ningún significado. Las repito una tras otra. Están siempre conmigo.

Las palabras me animan, sobre todo las que no existen y las que no significan nada. Las digo: *Ula, tonama, sincrecio. Postalón, mimimana, amirriciba, detoninos.* Son amigas que vuelven a describir el lenguaje al que aspiro.

* * *

Levantarme con las palabras, tomar un café, revisar los periódicos, sentarme a escribir. Escribir, escribir, escribir. Luego, almorzar con Kristin y con Esteban, descansar y seguir escribiendo. Leer, dar una vuelta por el barrio, ver una película, salir al parque a ver los árboles.

Y a veces ir al Malecón de Miraflores.

Siempre me ha conmovido la insistencia con la que el mar envía mensajes a la tierra. Creo que los que hemos crecido junto al mar tenemos un modo de ver el mundo. Estamos educados por el sonido del agua sobre las piedras, la alternancia de las olas, el color y la textura de la espuma. La sensación de una renovación por ciclos de la materia, la insistencia de la luz en el horizonte, el punto en el que se anulan las diferencias entre el océano y el aire, los cambios en las modulaciones de la arena. El mar es un maestro que insiste en sus lecciones.

* * *

El movimiento del mar nos lleva al pasado. Las olas vienen desde tan lejos y se rinden ante nosotros.

El pasado es un imperio que ha dejado sus tesoros con nosotros.

Lo sentimos todos los días.

Apreciar, reconocer y valorar cada habitación, cada mueble, cada retrato, cada lámpara. Pensar que los objetos son nuestra compañía, si se relacionan con un recuerdo. Tengo el bastón que usó mi madre y los primeros ejemplares de la revista *Las Moradas*, donde mi padre estuvo a cargo de la sección de filosofía. Me emociona saber que mis manos ahora tocan ese bastón y esa revista. Pienso que toco su piel.

Amuletos del pasado, fetiches que nos encienden, objetos que acariciamos cuando la enfermedad nos rodea.

* * *

Me avergüenzo y me abrumo al ver una sección de mi biblioteca con los libros que he escrito. No sé en qué pude haber estado pensando cuando los redacté. Los cambio de lugar. Forman una torre. Ahora los veo erigiendo un monumento descoyuntado, hecho de distintas portadas, en distintas editoriales y en distintos idiomas, todo a punto de derrumbarse. No sé qué es lo que siento respecto a ellos. Me alegro de que le dieran un sentido y un propósito al tiempo en que los escribí. Creo que los quiero, los atesoro y pienso también que es mejor pensar en el que escribo hoy. Ese es mi único libro.

Creo que escribo libros para crear un tiempo y un espacio en los que pueda refugiarme. En ese universo de

ficción, puedo olvidarme del otro tiempo que me va erosionando, disolviendo, acercándome a la muerte.

Es un modo de decirlo, puesto que conocí la muerte desde muy joven. Y porque la muerte acabó con mi vida tal como yo creía que era, escribo a favor de la vida de mis personajes. Escribo para que los personajes puedan seguir vivos siempre. Es una aspiración a la eternidad. En ese sentido, el arte es una actividad religiosa que convoca a sus fieles. Celebra la vida imaginaria de unos seres. Celebra que aspiren a vivir por siempre. La muerte puede acabar con los seres reales, pero nada puede contra los imaginarios.

* * *

Uno siempre escribe como si la muerte no existiera. Y la fe es la virtud primigenia. Cuánta fe hace falta para continuar, para creer, para seguir explorando. Ante todos los obstáculos, todo eso. Seguir, seguir, seguir. No sé cómo. La curiosidad, una forma de la fe, es el impulso esencial. La curiosidad por los que nos rodean. El amor es una forma de curiosidad.

* * *

Hemos venido para buscar refugios a favor de la vida y en contra del mundo. El arte, la religión, el amor, los

recuerdos. Paraísos. El paraíso de la infancia para algunos de nosotros. Nuestra verdadera patria.

Los espacios de la infancia mantienen su aroma, sus formas y colores. Cuando hemos pasado algunos años decisivos entre las paredes de alguna habitación o en una casa, de algún modo siempre seguiremos allí. Los dormitorios, los comedores, las bibliotecas que nos acompañaron, los lugares de quienes seremos siempre.

En una obra de Athol Fugard, una pareja de ancianos que recorre Sudáfrica reconstruye los lugares de su infancia con unas piedras que cargan con ellos. Las llevan en sus bolsillos. Son los símbolos de sus recuerdos.

Cada uno tendrá algunas imágenes que lo acompañan. Entre las mías se encuentran los tomos gruesos de *En busca del tiempo perdido,* la gran mesa negra del escritorio, los discos de las nueve sinfonías de Beethoven, el patio con un pequeño estanque de mayólicas azules. Y, en medio de todo ello, en el centro de su escritorio, a un hombre trabajando. Un hombre que alzaba la cabeza y siempre tenía un tiempo para conversar cuando yo lo interrumpía. La serenidad, firmeza y exigencia, eran siempre en él formas del cariño y de la bondad.

Recuerdo algunas frases que citaba. «Más vale buen callar que inútil queja». «No amargarse sin sentido». «No dejar de trabajar, de entregarse, de comprometerse por entero en lo que uno hace». Su charla era siempre

improvisada, estimulante y reflexiva. Lo mostraba por entero. Yo le preguntaba sobre el significado de alguna palabra, sobre algún evento histórico, sobre lo que ocurría en la política local. Él siempre me contestaba con largas explicaciones. Residente durante largos años en Estados Unidos y en Europa, alguna vez me dijo también que el mejor lugar del mundo para vivir era el Perú.

Para un hijo entrando a la juventud, un padre es un vínculo con el exterior, un mediador con la realidad. Él siempre lo fue y de algún modo, lo sigue siendo. Era también ejemplar en el castigo y pertenecía a la época que incluía el castigo físico. Sus hijos sufrimos sus golpes alguna vez.

Luego fui conociendo detalles de su vida íntima. Asuntos de la familia, de sus parejas, de sus amigos. Historias y cartas de un gran amor temprano. Anécdotas sobre su timidez, sus contratiempos, sus aspiraciones. Me contaron que entraba a una reunión con una timidez que lo ponía al borde de la clandestinidad. En una ocasión me dijeron que entró a una habitación buscando un lugar donde sentarse que no encontraba. Mucha gente que me habló de su amabilidad, su talento como profesor y ensayista. He leído con pasión su gran ensayo sobre Baltasar Gracián y sobre temas educativos. Y quedan las fotos que de vez en cuando aparecen. Antonio Mejía, un alumno brillante, me cuenta que ha descubierto una reseña de *Trilce* que hizo mi padre en

una revista antigua. Leo sus palabras. Siempre lo descubro y me descubro en él. Es un eterno presente.

* * *

Uno va de pronto por una calle o está sentado en un restaurante o habla con un amigo y el pasado se las arregla para emboscarnos, con una autoridad inapelable. Los ejemplos son casi siempre los más cotidianos.

Un día, manejando en medio del tráfico, oigo una antigua canción y con ella, una imagen. Es Al Stewart cantando entre los compases de piano de *The Year of the Cat.*

En ese instante, me vi de golpe en el año setenta y siete, una casa en las afueras de Valladolid, mientras escuchábamos esa canción. Yo miraba a una chica bailar abrazada a sus primas. Luego la música se terminó y conversamos y tomamos un vino y una tortilla. Ella y yo tuvimos una relación que no duró demasiado, pero eso no importa. Lo que cuenta hoy mientras manejo y escucho la radio es el fogonazo de esa canción y la imagen de ella bailando y lo que significó en ese momento. Lo demás puede haberse olvidado, pero ese momento continúa.

Las revelaciones del pasado. Ángeles que bailan y que la realidad corrige. Luego desaparecen, pero se quedan.

Otra revelación del destino. Me topo con una foto de los profesores de mi colegio en Facebook. La foto

está carcomida por los tonos marrones, y allí están ellos: Campuzano, Balarezo, Zegarra, el profesor Fernández, el profesor Márquez. También el padre Martín, el padre Francisco, el hermano Carlos. Los profesores del colegio Carmelitas de los años sesenta. Sí. Están de pie, mirando algún punto. Aunque han pasado varias décadas, siguen mirándome. Siguen mirando a todos, esperando a los que van a verlos en esa foto. Miran hacia esa zona que no existe, donde solo hay un espacio en blanco. El tiempo ha desaparecido para ellos. Solo aparecen cuando alguno de nosotros los ve. Pero ellos miran a otro lado.

* * *

El pasado es un animal que se alimenta de los recuerdos. Un monstruo que se pervierte al sostener algunas imágenes y voces con nosotros. Una boca que devora el presente para devolverlo convertido en quienes somos.

Una de las imágenes más persistentes en mi vida es la que vi la tarde del sábado dos de noviembre de 1968. Ese día, mis padres acababan de dormir la siesta y yo entré a su habitación para contarles que iba a ver un partido de fútbol del colegio. Mi padre se quejaba de continuos dolores de cabeza desde la mañana. Al salir de la casa, lo vi en el baño, frente al espejo. Tengo muy clara esa imagen. Creo que se estaba haciendo muchas preguntas en ese momento.

Fue la última vez que lo vi consciente. Al llegar a la casa otra vez, mi tía me dijo que se lo habían llevado a la clínica. Había tenido un derrame cerebral, un término que yo nunca había escuchado. Esa noche, mis hermanos y yo fuimos a verlo. Estaba dormido, aferrado a una sonda. Mi madre estaba junto a él. Nos sonreía, trataba de calmarnos.

Pero yo no me daba cuenta de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Al día siguiente, mi tío Jorge fue a la casa temprano. Era un día soleado. Me sacó a la calle. Dimos unos pasos, me habló de lo grave que estaba. «Bueno, pues, ya no hay nada que hacer», agregó. Me dio un abrazo, pero yo no había terminado de entender esa frase. Creo que no pude mirarlo porque si lo hacía, sus palabras se volverían verdaderas. Me quedé mirando los árboles de la calle, como buscando un refugio. «No hay nada que hacer». No olvido esa frase. Pero luego hubo otra que parecía sellar la anterior. «Vamos a buscar ropa para vestirlo». Recuerdo el cariño pausado en la voz de mi tío cuando me dijo: «Desde ahora, yo quiero ser tu papá».

Luego vi entrar a mi tía Elena, los ojos inflamados, a la casa.

En la clínica, mi madre nos recibió a los tres. Nos dijo que quería que supiéramos que nuestro padre estaba vivo. Caminamos juntos por el pasillo. Entramos a la capilla. Rezamos. Movimientos y gestos instintivos. Rezar, estar juntos. Era imposible imaginar un mundo sin mi padre.

Habíamos organizado la vida de todos nosotros en función de todos los demás, pero sobre todo en función de su presencia que tanto nos ordenaba el mundo.

El velatorio fue en la casa. Se llenó de gente. No olvido la frase que alguien dijo al entrar y ver el ataúd en su biblioteca. No olvido el llanto que descomponía la cara de su amigo Antonio Pinilla. Tampoco el rostro de Augusto Salazar Bondy, de Enrique Zileri, de Paco Miro Quesada y de otros amigos.

Al día siguiente, mi madre decidió no ir al entierro. Pero no sé cómo ni por qué (¿porque era el hijo mayor?) fui designado como el representante de la familia en el cementerio. Fui el único de los hermanos que asistió.

El golpe de estado del general Velasco había ocurrido un mes antes. Al velorio vino un edecán de Palacio a presentar sus condolencias y a hacer la propuesta de un homenaje de parte del gobierno. Mi madre aceptó solo las condolencias. No quería tener nada que ver con una ceremonia del régimen de Velasco.

Yo creía y creo que el empeoramiento de la salud de mi padre estaba directamente relacionado con los ataques y amenazas del nuevo régimen y con la deportación de Fernando Belaúnde, en cuyo gobierno había sido ministro.

Para ir al entierro, instigado por las circunstancias y por presiones de otros, tuve que subirme al auto del edecán. Así pues, me encontraba en una situación patética y absurda. El

auto del dictador Velasco, que había tenido mucho que ver con la muerte de mi padre, era el vehículo en el que yo iba a su entierro. Esa contradicción me enseñó, creo que, para siempre, la relación entre los hechos decisivos de la vida y las banalidades absurdas que los acompañan. Durante muchos años me parecía que de algún modo yo tenía la culpa de haberme subido allí. Era un acto de traición. Pero no.

Al llegar al cementerio había una multitud. Me dijeron que debía realizar una pequeña ceremonia. Después de que el ataúd cayera a tierra, yo debía echar «la primera tierra» sobre la madera.

Lo hice. Recuerdo los terrones de tierra cayendo y rebotando encima de la superficie luminosa. Luego vinieron las lampadas y los silencios. Después me enfrenté a la enorme cola de gente, algunos de ellos maestros de escuelas pobres. Rostros tensos y apretados por la pena. Yo no estaba triste. Estaba, muy lejos de mí, frente a un vacío. No sabía qué conducta correspondía a ese estado. Les di la mano a todos. Luego volví a la casa de mi abuela donde estaban mi madre y mis hermanos. Solo quería estar con ellos. Desde entonces, empezaría una nueva vida con mi madre y mi abuela como pilares.

El pasado se ha empeñado en grabar esas imágenes y voces: mi padre frente al espejo horas antes de su fin, la sonrisa de mi madre en la clínica, la voz de mi tío Jorge diciendo que ya no hay nada que hacer, el llanto de algunos amigos de

mi padre, la primera tierra que eché sobre su ataúd, la cara de los maestros que me saludaban como queriendo verlo a él. Por un momento, creí que mi vida también terminaba allí. Pero luego apareció la fuerza de mi madre y la camaradería de mis hermanos. Íbamos a continuar.

Y con el apoyo de mi madre, que me compraba los libros, y de la biblioteca de la Municipalidad de Miraflores que me los prestaba, yo iba a empezar a leer de un modo furioso. Leer para contrarrestar la muerte, con el ímpetu de la vida de lector que es la más compleja y la más intensa de todas las vidas. Por entonces leí a Julio Verne, a Dumas, a Emilio Salgari. Y luego a Vallejo y a Neruda y a T. S. Eliot. Luego me envolví con la música. Escuchar a Brahms, Bach, Beethoven, Wagner, Mahler. A todos los que mi padre había escuchado durante toda su vida, y que me devolvían los sonidos de esa vida. Luego creo que los libros y la música me llevaron de un modo natural a escribir. Creo que todo lo que he escrito es un intento por recuperar el paraíso que perdí con la muerte de mi padre. Era un paraíso de sonidos y de palabras y de unión entre todos. Mi madre siempre mantuvo ese paraíso mientras vivió. Ella sigue congregando a mis hermanos, mis hijos, mis nietos, mis cuñadas, mi esposa, mis sobrinos. Creo que, por eso, mis personajes siguen obsesionados con sus padres, buscándolos. Pero solo me doy cuenta después de haber escrito las novelas.

* * *

La memoria es una artillería de sensaciones.

Pero la realidad lucha contra ella. Nos tiende emboscadas que buscan asegurar su superioridad.

La chica que conocimos en la academia preuniversitaria en los años setenta se aparece de pronto en una calle, décadas más tarde, convertida en una señora de pelo entrecano, con una sonrisa medida, que nos cuenta que tiene que ir a recoger a sus nietos del nido. También me dice que se ha divorciado hace mucho tiempo, pero que está bien y que le gusta leer, tratando de confortarse en la dignidad de una vida solitaria. A lo mejor tiene a un hijo que le ordena recoger a los nietos. Alguna vez fuimos amigos y ahora no sé nada más sobre ella.

No hay sorpresa más grande que la de ver el trabajo de los años. Un milagro en sentido contrario. La magia destituida por la realidad. Los rostros inmaculados desfigurados por las arrugas, las erosiones y las manchas. Y, sin embargo, también me encuentro con hombres y mujeres envejecidos cuyos rostros les han dado dignidad, elegancia, alegría a las formas de la vejez. Me topo con algunos de ellos, después de varias décadas de no verlos, y me parece que han logrado conservar algo de la lozanía en la mirada, en la piel, en las maneras. La elegancia y la calma son formas de la juventud.

¿Quiénes somos? ¿Somos los que fuimos en la juventud, en algún otro tiempo de la adultez, en alguna de nuestras estancias, en Lima, en Paris, en Madrid, en Barcelona, en Austin, en Washington? ¿Somos los de ahora o los que proyectamos ser algún día? Los que mejor la pasan son los que han logrado conservar algún hilo que une todos los lugares y las etapas de todo aquello.

* * *

Uno nunca renuncia al paraíso. Lo que nos une a todos es el deseo de traerlo a nuestra vida terrena, aun en sus formas mínimas.

Camino por una calle ruidosa y sucia de Lima. A mi lado, pasan microbuses y autos despidiendo un humo irrespirable. Frente a mí, un edificio de paredes desolladas y ventanas rotas. Sin embargo, en un pequeño balcón alguien ha puesto unas macetas de geranios. Los pétalos rojos apenas se mueven con la brisa de la mañana.

Pienso en la vida del dueño o la dueña de esas macetas, viviendo en esa calle, a merced de la inmundicia del lugar. Ha puesto tres macetas de flores, como una trinchera frente a su entorno. Es una trinchera, pero también una pequeña utopía realizada. No se ha rendido. Puede mirar

ese oasis todos los días. Me ilusiona pensar en esos geranios rojos, también resistiendo.

* * *

Anoche salí a comer con unos amigos. Uno de ellos es alguien a quien conozco desde la infancia. Seguimos viéndonos, seguimos riéndonos. Es posible.

Creo que el misterio del tiempo es que no sabemos cómo va a transformarnos. La hazaña es luchar contra el tiempo, agarrarse a golpes con él. Nuestro aliado principal es el recuerdo. Es una prueba de nuestra aspiración a la inmortalidad. Sentir que estamos en el pasado, oír la canción de Al Stewart, ver a los amigos de nuestros padres, incluso después de que se han ido. La memoria cristaliza nuestras imágenes para siempre. El arte es siempre una forma del recuerdo.

Veo a Fernando de Szyszlo, por ejemplo. Lo veo salir de su auto para saludar a mi madre. Es un domingo hacia el final de los años sesenta. Recuerdo que esa mañana fuimos a verlo a su estudio en Villa. Salía de su auto deportivo, nos recibió en su estudio y habló con nosotros. Recuerdo que le pregunté cuántas horas al día trabajaba. ¿Seis, siete, ocho? Más, me dijo. Fue una gran lección.

Ahora que encuentro este pasaje, ahora que Fernando se ha ido, lo sigo viendo.

* * *

Veo también a José María Arguedas que toca la puerta de mi casa. Ha venido a recogernos a mi hermano Marcos y a mí. Nos subimos a su Volkswagen y nos lleva al Estadio a ver un partido entre el Alianza y la U. Nos ha traído de regalo unos libros de *Mafalda*. Nos habla de Quino. «Es un escritor argentino muy ingenioso, muy inteligente», nos dice. Llegamos al Estadio. Caminamos con él. Lo veo hablar con las mujeres en la calle. Mujeres que están junto a unas carretillas vendiendo salchichas, huevos fritos, panes, cebollas, todo iluminado por el humo que rodea una lámpara de gas. Luego entramos al estadio. Los tres somos del Alianza, y nos abrazamos cuando vemos a Perico León meter un gol en el arco de la U. Él festeja, nosotros festejamos. Lo veo poco después almorzando en casa de mis padres. Nos pregunta, nos escucha, nos atiende. Se ríe con nosotros. Por entonces, yo no sabía que era un escritor. Solo que era un tío querido. Era el padrino de mi hermano Santiago y fue él quien sugirió su nombre, por tratarse de un santo muy indio y muy español. Me enteré también de los viajes de mis padres con José María y Celia, Fernando y Blanca, entre otros tantos amigos, a la casa de Supe donde todos habían sido tan felices.

Recuerdo que alguna vez Arguedas dijo que el corazón de un pueblo puede descubrirse en sus mercados y en los estadios de fútbol. Mi madre me contó que cuando iban de

viaje a cualquier localidad, recorrían mercado los domingos en la mañana y los estadios por la tarde.

Recuerdo también una carta que le envió a mi madre después de la muerte de mi padre. Le decía que había llorado, Lilly, porque «mi compadre no escribió todo lo que pensaba y sabía». Eso me causó una impresión muy grande, pensar en una vida sin haber dejado algo escrito. Recuerdo otras cartas a mi madre, llenas de confesiones. «No creas que estoy triste. Estoy lleno de vida. Pero a veces la armazón no soporta tanta vida y se queja». En otras ocasiones, le hablaba de sus reencuentros con Celia, nuestra amiga, su primera esposa. Recuerdo también la forma como terminaba de escribir sus cartas a mi madre: «Te besa las manos». Tengo una foto de Arguedas conmigo, con unas frases dirigidas a mi madre. «Para Lilly, en quien el amor y la piedad es conducta diaria y luz de sus ojos. José María. Dic, 1966».

Una noche de fines de 1969, fui a visitar a mi tía Celia Bustamante en compañía de mi madre. Era lunes. Estábamos en su casa de la calle José Díaz. Arguedas se había disparado a la sien el viernes anterior en la Universidad Agraria. Nos sentamos en la sala. Había previsto suicidarse un viernes para que las ceremonias del velorio y el entierro fueran el fin de semana y no alteraran el horario de la universidad. Sin embargo, su cuerpo se había resistido a morir de inmediato. Esa noche, escuché a mi madre y a Celia hablar de su resistencia. No olvido el rostro desfigurado en

el llanto de Celia, ni las pocas veces que la vimos después. Hasta que decidió, según todas las evidencias, viajar a Supe, y arrojarse frente a un vehículo en marcha. Buscó la muerte en el mismo lugar donde su vida había sido tan feliz. Solo puedo imaginarme ahora todo lo que pensó en aquel viaje y aquella noche en la que decidió seguir a José María.

Hace pocos años fui invitado a dar una conferencia en la Universidad Agraria de La Molina. Antes de ir al auditorio, pasé por el baño. Luego, camino al lugar donde hablaría, el decano de la facultad me dijo que acababa de estar en el lugar donde Arguedas se había disparado.

* * *

Uno tiene tantos recuerdos que no conoce. Sé que, a mediados de 1957, mi familia partió a vivir a París. Mi hermano Marcos viajó con un mes de nacido. De los dos años que vivimos allí, cuando yo tenía tres y cuatro años, se quedaron conmigo algunas imágenes duras y preciosas: el río ancho y melancólico, la sensualidad poderosa de la Torre Eiffel, la dureza y la majestad de la catedral de Notre Dame, las protestas de los vecinos de arriba cuando hacíamos ruido mi hermano y yo.

Las primeras navidades que pasamos allí, mi madre le dijo a un amigo de la familia, André Coyné, que le trajera a todos los peruanos jóvenes que conociera para